

Un dios portátil

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

© 2020, Juan Pablo Meneses
Derechos exclusivos de edición
© 2020, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso, Providencia,
Santiago de Chile

Imagen de portada: Ignacio Serrano
Diseño: Isabel de la Fuente

Inscripción: A-1256
1ª edición: marzo de 2020

ISBN: 978-956-360-715-4

Impreso en: Gráfika Impresores Ltda.

JUAN PABLO MENESES

Un dios portátil

 Planeta

para Ignacia

«Y antes que se me olvide
Al propio dios hay que cambiarle nombre
Que cada cual lo llame como quiera:
Ese es un problema personal».

NICANOR PARRA

Génesis

Él ve todo desde arriba.

Está parado sobre una pequeña tarima de un metro de alto, en el centro de Times Square. Es *Black Friday* y por eso ve pasar a miles de turistas y neoyorquinos en plan de consumo: a los que corren para cruzar las puertas automáticas de las tiendas y entrar a comprar; a los que recién terminan de pagar las enormes bolsas con que saldrán de los almacenes; y al resto, a la mayoría, los que deambulan sin rumbo fijo, como carne sin alma, nublados por no tener dinero para gastar en este día de las súperofertas. Estos últimos, turistas dentro de este día consagrado, terminan consumiendo consumistas. Los consumen mientras se sacan fotos con las compras, o cuando se abrazan frente a una gran oferta, y mientras dan entrevistas a un móvil de televisión que transmite en vivo para el noticiero de la noche.

Él ve todo desde arriba.

Los observa sin detenerse en ninguno en particular, mirando al gentío como un bulto con varias cabezas. Espera que alguien lo escuche. Está ahí, parado, solo, arriba de en una pequeña tarima del centro de Manhattan. Está ahí para hablarle a los consumidores de su propia compra: un dios.

Sí, un dios. Se compró un dios un par de años antes, en un viaje por la India. No fue una figurita religiosa de *souvenir*, ni una réplica turística de esas miles de divinidades religiosas que suele exportar la India. Tampoco pagó por una persona que decía ser una divinidad, una luz, una elegida. Lo que compró fue una deidad real.

Hoy es viernes 24 de noviembre del 2017. Son las 19.00 en Nueva York. Y está todo listo para iniciar el lanzamiento mundial de la Religión Portátil.

Él tiene en sus manos un libro de tapas blancas que por ahora se conoce como «libro blanco», pero que cuando esta historia termine tendrá una portada, un título, un código de barras, el logo de una editorial y se venderá en librerías. En el libro blanco va tomando los apuntes para esta historia.

Es probable que alguna de las personas que está mirando hacia el escenario, se haya enterado por la noticia publicada en el diario. Un día antes del lanzamiento una cadena internacional de periódicos publicó que hoy, en esta plaza neoyorquina, se iniciaría una religión.

Abre el libro blanco y antes de empezar a leer, mira por última vez a esa muchedumbre que se mueve por Manhattan como en un pogo lento. El viento que cruza la isla es muy frío y deja las mejillas como suela de goma. Sale vapor de las alcantarillas, por las chimeneas, y por la boca de los consumidores de este Viernes Negro. Las pantallas gigantes iluminan con sus anuncios: aquí todos son seres cubiertos de luz, pero de una luz artificial que viene de publicidades gigantescas que promueven productos.

Respira hondo, se fija en que la cámara lo esté apuntando y lee en inglés:

Nace aquí, oficialmente, la Religión Portátil. La que está consagrada a un dios portátil. La que se va a expandir a través de la Iglesia de la Religión Portátil. Un nuevo credo, dirigido a los viajeros, a los trashumantes, a los nómades, a los peregrinos, a los que no tienen nada fijo, a los freelancers de este mundo.

Una religión para unir a todos los portátiles del planeta. Portátiles: seguidores de la Religión Portátil.

Mientras lee pasajes del libro blanco, iluminado por la luz de las pantallas enormes, ve que se le acerca una mujer, de unos 60 años, con abrigo gris y orejeras peludas, que lo interrumpe y le grita que dios es uno, único, y luego se va recitando un salmo. Una de las personas que está con él levanta el dedo anular de la mano, en señal de que sí, de que ha grabado el momento en que ella se acercó a interpelarlo.

Salvo ese pequeño incidente, mientras lee el libro blanco la mayoría de los transeúntes va encapsulado en su propio *Black Friday*, el día donde las ofertas de las tiendas de Estados Unidos son tan grandes, que el mayor temor de los gerentes de almacén es que no muera una persona aplastada por la turba. Esa que entra embrutecida, ciega, a llevarse la mejor oferta de último momento. Esa que saquea, pero con tarjetas de crédito.

Cuando él compró su dios no tuvo que esperar a que hubiera alguna oferta, ni hacer una larga fila antes de llegar al mesón. Gastó más tiempo en negociar el precio y en buscar un envoltorio para su divinidad. El día que la compró había más de 35 grados de calor, y estaba vestido con una camisa suelta y pantalones cortos. Ahora, en la ceremonia de lanzamiento en Nueva York, está vestido con zapatos negros, pantalón negro, camisa negra y abrigo negro. Iba a comprar un megáfono chico, que costaba 77

dólares en una tienda de Chinatown, pero no quiso tener líos con la policía. Y acá está lleno de policías y de seguridad. Muy distinto a donde compró a su dios.

Un par de turistas le hacen fotos mientras lee, y él piensa que pueden ser agentes de seguridad o pueden ser turistas despistados que no saben que se trata del lanzamiento de un nuevo credo.

Casi al final de la presentación, dice que el dios que compró en la India está a unas 50 cuadras de Times Square, dentro de una maleta verde en el piso séptimo de un edificio de la calle 94, en el Upper West Side de Manhattan.

No puede contar mucho más. En espera de que el libro blanco se transforme en el volumen final de esta historia. Todavía no puede adelantar el nombre ni el valor exacto en que lo compró, ni cómo fue la negociación, ni cómo le diseñó una iglesia, ni el camino final hasta la religión. Apenas menciona que lo pagó en rupias, y que la negociación de compra se cerró en un hotel de Varanasi.

La ceremonia termina dando por fundada, oficialmente, la Religión Portátil, cuya iglesia «cada uno llevará consigo mismo, y un dios portátil que los acompañará a donde vayan».

A los pocos minutos le confirman, desde el otro lado del continente, que ya se ha habilitado el acceso de la página: *portablereigion.org*. Y que ya están los primeros inscritos.

Desde ese momento, él ya siente que tiene una de las casi cinco mil religiones que hay en el mundo. En términos legales, el camino será más largo, y va a requerir entrevistas con abogados, contadores, asesores, y todo ese ejército de burócratas que ha convertido a la religión en una industria que en este país mueve más dinero que Google

y Facebook juntas. También entrevistas con otros credos, otras religiones, otros dioses. Saluda a un par de personas, besa a su novia que le toma fotos, habla para una cámara que sigue el proceso. Después abraza al escritor peruano Juan Manuel Robles, que llegó hasta aquí por un aviso en redes sociales que anunciaba el lanzamiento.

El día que fundó su credo, él se acostó tarde, y muy cansado: se desplomó en la cama, como si le hubieran consumido todas sus fuerzas. Ahora tenía su propia religión, y al día siguiente, cuando despertó, había llegado el momento de escribir el libro.